

Conéctate

TAMBIÉN EL ALMA NECESITA ALIMENTO



EL MILAGRO DE HIROSHIMA

Espeluznante relato de un sobreviviente

TÚ PUEDES OBRAR MILAGROS

Descubre cómo

¿CUÁNTO PESA UNA ORACIÓN?

Una viuda pobre necesita sustento para sus hijos
Su único recurso, una oración

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: www.auroraproduction.com/castellano

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L.
México, 64000

Conéctate
Casilla de correo 815
Correo Central 1000
Capital Federal
Buenos Aires
Argentina

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
Chile

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá
Colombia

Activated!
P.O. Box 4307
Orange, CA 92863-4307
USA

conectate@conectate.org

EN INTERNET
www.conectate.org

DIRECTOR
Gabriel Sarmiento

DISEÑO
Giselle LeFavre

PRODUCCIÓN
Francisco López

Número 17
© 2001, Aurora Production AG,
Suiza. Es propiedad.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.

a nuestros amigos



De vez en cuando nos enteramos de algún acontecimiento extraño que nos deja perplejos y a la vez nos incentiva y nos conmueve espiritualmente. Una frágil mujer alza la parte delantera de un camión para liberar a un niño atrapado bajo el mismo. Una luz brillante despierta a un paciente desahuciado, enfermo de cáncer; enseguida una cálida sensación le recorre el cuerpo y queda instantánea y completamente curado. Un delfín rescata a un marinero perdido en alta mar y lo lleva hasta la costa. Alguien reza por un ser querido que se encuentra del otro lado del mundo y luego descubre que en ese mismo instante la persona por quien intercedió se salva de un peligro inminente.

¿Son estos fenómenos coincidencias extremas? ¿Podría alguien explicarlos científicamente de contar con todos los datos y el tiempo necesario para una exhaustiva investigación? ¿Son pruebas paradigmáticas de la capacidad de superación inherente al espíritu humano, como creen algunos? ¿O constituyen, en efecto, milagros, evidencias de la intervención de un Dios magnánimo y de Sus emisarios en favor de aquellos a quienes ama?

De ser cierto que hoy en día ocurren milagros, ¿qué papel nos está destinado a nosotros en ellos? En la Biblia Dios y Jesús dicen: «Mandadme acerca de Mis hijos, y acerca de la obra de Mis manos» y «si algo pidieréis en Mi nombre, Yo lo haré» (Isaías 45:11; Juan 14:14). ¿Pueden esos ofrecimientos de *trabajo en sociedad* con Dios tomarse al pie de la letra? Y en tal caso, ¿plasma la Providencia Sus portentos únicamente por medio de santos casi inmaculados, o puede hacerlo valiéndose de personas comunes y corrientes como ustedes y yo?


Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*



perdidos, naufragábamos en el **AMAZONAS**

De Marilia Guterres

ESTABA EMBARAZADA DE SIETE MESES. Era uno de esos días de calor insoponible propios del verano del norte del Brasil, cerca de la línea del ecuador. Miguel, un colega misionero de la Familia, y yo nos disponíamos a hacer una travesía río arriba por el Amazonas para llevar la Palabra de Dios y manifestar Su amor a la gente de otro poblado. El viaje se adivinaba peligroso, dado que las barcas eran viejas y saltaba a la vista que no estaban en buenas condiciones para navegar. Además, el río está plagado de pirañas, esos peces carnívoros de apetito voraz y dientes afilados, que en grandes cardúmenes suelen atacar a animales vivos mucho más grandes que ellos.

Como viajábamos de noche nos dieron a cada uno una hamaca paraguaya en que dormir. Acosté a mi hijo de cuatro años, que viajaba con nosotros, y me dispuse a dormir. Durante varias horas todo parecía marchar normalmente; pero de golpe, sin motivo alguno, el barco se detuvo. Transcurrido un tiempo, Miguel decidió ir a averiguar qué pasaba.

Bajo la cubierta, encontró que la tripulación procuraba frenéticamente sacar agua del casco. El barco había golpeado contra algún objeto que le abrió un boquete en el casco y se hundía. Para peor, las marineros comentaron que estábamos perdidos y no sabían en qué parte del río nos hallábamos. Viendo que los tripulantes estaban asustados y desesperados, Miguel se puso a ayudarles a sacar

agua y aprovechó la coyuntura para orar con ellos y tratar de infundirles fe en Dios y en que Él era capaz de proteger a quienes le imploraban auxilio.

Yo aún no sabía lo que sucedía, pero al ver que pasaba el tiempo y Miguel no regresaba, supuse que ocurría algo grave. No recuerdo haber clamado jamás a Dios con tanto fervor como aquella vez. Allí estaba, embarazada y con uno de mis tres hijos en un barco que evidentemente estaba en apuros —mis otros hijos reposaban a salvo en casa, gracias a Dios— y perdido en alguna parte del Amazonas infestado de pirañas. Para colmo, ¡yo ni sabía nadar!

Momentos después de mi sentida oración apareció delante de nosotros una nave enorme completamente iluminada. Un hombre subió a bordo de la barca en que nos encontrábamos y calmadamente ayudó a la tripulación a reparar el casco. Luego les indicó en qué dirección hallarían un muelle.

De golpe, tan misteriosamente como se había presentado, el hombre se desvaneció. La tripulación, los demás pasajeros y yo lo buscamos para agradecerle, pero tanto él como su nave, desaparecieron. ¿Cómo era posible? No había forma en que un barco de ese tamaño se perdiera de vista en apenas unos segundos. ¿Podrían haber sido ángeles aquel hombre y sus demás acompañantes? Sea cual fuere el medio del que se valió Dios, el hecho es que respondió a nuestras oraciones y nos salvó la vida aquella noche. ○

Tú puedes obrar milagros

De David Brandt Berg

JESÚS LEGÓ A SUS SEGUIDORES UNA ASOMBROSA PROMESA de poder. Un poder sobrenatural, sobrehumano, milagroso. «El que en Mí cree, las obras que Yo hago, él las hará también; y aún mayores hará, porque Yo voy al Padre» (Juan 14:12).

Esa promesa ha estado vigente durante dos mil años y un sinnúmero de cristianos ha hecho efectivas esas *obras mayores*. Dios invistió de poder a personas comunes como tú y como yo para obrar Sus milagros. Ese mismo poder puede obrar milagros por medio de nosotros, con tal de que creamos en la Palabra de Dios y actuemos en consecuencia.

El problema es que la mayoría de las personas relegan las promesas divinas al pasado, o sólo les conceden vigencia en un futuro lejano. Para ellas, el pasado fue prodigioso, sobrenatural y lleno de gloria, con todos aquellos héroes de la fe que obraban milagros; y ángeles que intervenían en favor del pueblo de Dios. Paralelamente, consideran que el futuro en el Cielo va a ser estupendo y milagroso. Pero no creen que ninguna de esas cosas pueda suceder en la actualidad. Dicen:

—Naturalmente, no se puede esperar que ocurra algo así hoy en día.

Pero eso no es lo que dice la Biblia. «Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y por los siglos» (Hebreos 13:8). Dios sigue siendo un Dios de milagros. Nada le impide volver a hacer lo que ha hecho antes. Ese prodigioso poder no sólo es válido para el futuro, sino para hoy mismo, siempre que lo necesitemos y tengamos fe para obtenerlo. Si todas aquellas personas insignificantes obraron milagros por montones —tanto en el Antiguo y el Nuevo Testamento como durante los últimos dos mil años—, los cristianos de hoy en día están en igual capacidad de obrarlos. No es preciso que esperen a que se produzca la Gran Tribulación o comience el Milenio o se regenere la Tierra. Pueden hacerlo ahora mismo.

Son demasiados los cristianos que intentan justificar su carencia de fe o procuran eludir la tarea que el Señor les ha encomendado alegando que no se nos aplica a nosotros, que no es para ellos, que aquellas manifestaciones estaban destinadas exclusivamente para los días milagrosos de antaño. Afirman que Él no espera eso de ellos. No

Lo que Dios ha hecho por otras personas, puede hacerlo también por ti

ahora. Tratan de sacarle el cuerpo a la responsabilidad que les cabe de cumplir los preceptos divinos, entre ellos, dar testimonio de su fe y obrar milagros para ayudar a la gente.

Ese era el único motivo por el que Jesús obraba milagros. No lo hacía para jactarse de Su poder o alardear de que era un gran milagrero. Ni siquiera para demostrar que era el Hijo de Dios; los hacía porque tenía compasión de las multitudes (Mateo 14:14).

Obraba aquellos portentos por el bien de ellos, porque los amaba y le dolía verlos sufrir. Esa era Su motivación, y también debiera ser la nuestra. No para jactarnos y poder decir:

—Miren lo estupendo que soy. Miren los poderes que poseo. Miren las grandes señales y prodigios que soy capaz de efectuar. ¡Crean en mí!

Debemos llevar a cabo la obra de Dios con serenidad, con ternura y humildad, con mucho amor y compasión. Nuestro deber es simplemente tratar de ayudar a la gente como lo hacía Jesús. Entonces Él obrará los milagros por medio de nosotros cuando a Su juicio sean necesarios, cuando sea el momento oportuno para que se cumpla Su propósito, y cuando sepa que el poder y la atención no se nos van a subir a la cabeza.

A veces el Señor no concede ese poder a la gente porque sabe que se enorgullecería excesivamente y no

podrían sobrellevarlo. Por ejemplo, durante años quise tener el don de lenguas [la capacidad de hablar en una lengua celestial, que muchas veces constituye una manifestación del Espíritu Santo] (1 Corintios 12:7–11; Hechos 1:1–11). Pero el Señor no me lo concedía, porque yo lo quería para poder demostrar —por medio del don sobrenatural y milagroso de hablar en lenguas— que tenía el Espíritu Santo. No me lo dio entonces, pues lo quería por motivos indebidos, por orgullo. Sin embargo, cuando me enmendé de corazón y llegó el momento propicio, recibí el don de lenguas.

El orgullo no es el único motivo por el que no se producen milagros cuando alguien ora a Dios que los realice. A veces sencillamente no es conforme a la voluntad de Dios o no es el momento más indicado, cuando Él sabe que cumplirá Su designio en la vida de los afectados. No te desanimas, pues, si no obtienes ese poder sobrenatural de inmediato en cada situación.

Lo importante es recordar que Él te ha prometido ese poder a ti. Dios sigue vivo, goza de buena salud y no ha perdido Su capacidad de obrar portentos entre aquellos que confían en Él. De modo que cuando tú o alguien que conozcas necesiten un milagro, deja que Dios se valga de ti y de tus oraciones para que ese milagro se concrete. Lo hará siempre que sea conforme a Su voluntad y lo invoques en el nombre de Jesús. ○

UN JOVEN QUE NO SABÍA NADA DE Dios ni de la oración —ni le importaba— viajaba a bordo de un barco que a la postre resultó torpedeado durante la II Guerra Mundial. Todos los tripulantes se vieron obligados a saltar al agua para salvar la vida. Doce de los muchachos estaban juntos. De pronto vieron horrorizados que una enorme mancha de combustible en llamas se acercaba a ellos. Era imposible escapar. ¿Que podían hacer?

En ese momento el único de ellos que tenía costumbre de orar empezó a hacerlo en voz alta. Era la voz



de un hombre que clamaba implorando la misericordia de su Dios:

—¡Sálvanos, Dios mío! ¡Sálvanos, Dios mío!

Al oírlo los otros once, que no sabían nada de Dios y poco habían pensado en Él, se plegaron a aquella súplica:

—¡Sálvanos, Dios mío, te lo suplicamos! ¡Por favor, sálvanos!

Al instante el combustible en llamas se partió en dos dejando un claro para ellos. Lo increíble del caso es que en ese preciso lugar Dios había colocado nada menos que una balsa.

Actualmente, el muchacho que luego relató lo sucedido afirma:

—¡Nadie podrá convencer-nos jamás de que Dios no escucha las oraciones! ○

ORACIÓN PARA HOY

Jesús:

Te agradezco que seas tan comprensivo y consolador. Me transmites seguridad y me reafirmas que todo va a salir bien porque todo está en Tus manos y bajo Tu control. Todo lo que te encomiendo, Tú te encargas de ello, de modo que ayúdame a encomendártelo todo.

Te ruego que me ayudes a no enfriarme en los afanes de esta vida o distraerme tanto con ellos que me olvide de Ti. Así como Tú siempre me manifiestas amor y tienes tiempo para mí, ayúdame a tomar tiempo para amarte cualesquiera que sean las circunstancias o la situación.

PORQUE DIOS LO DIJO

Adaptación de un artículo de Virginia Brandt Berg

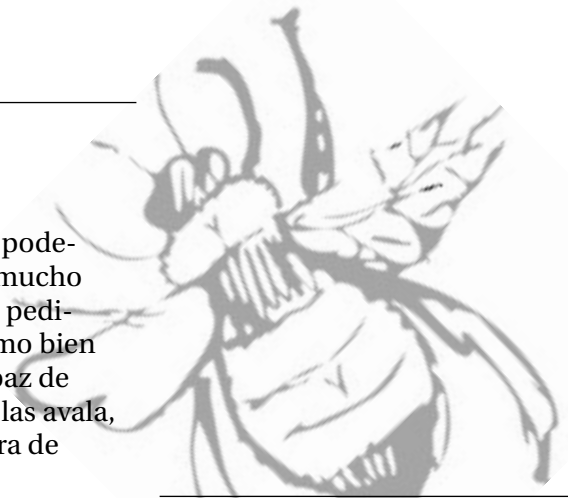
LA PALABRA DE DIOS dice que Él «es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos» (Efesios 3:20). Como bien sabemos, el hombre no siempre es capaz de cumplir sus promesas, pero Dios sí. Él las avala, de modo que si se las invocas en tu hora de necesidad, no te defraudará.

¿Alguna vez has tenido un amigo con quien podías contar en cualquier circunstancia, que te era totalmente leal aunque todo te fuera mal? Los amigos de esa talla son escasos. Por eso los apreciamos tanto. Alguien dijo una vez: «Se produce un vínculo singular entre un hombre y aquello en que confía y de lo cual depende. Un lazo nos ata a aquel con cuya lealtad podemos contar, aun en tiempos tempestuosos». De igual modo, cualquiera que haya puesto a prueba y depositado su confianza en las promesas de la Biblia cuando no hallaba auxilio o esperanza alguna, cuando ya no tenía otra cosa en que apoyarse, ha descubierto que puede confiar en ellas plenamente.

Sabemos por experiencia que podemos fiarnos ilimitadamente de cada Palabra y apoyar todo nuestro peso en ellas.

Lo único que Dios nos pide es que manifestemos una fe sencilla, que le tomemos la palabra y aceptemos Sus promesas al pie de la letra. Hoy en día muchas personas analíticas piensan que es una ridiculez tomarse las promesas de Dios seriamente o de forma textual y entregarlas en el Banco del Cielo a cambio de lo que pedimos. Pero eso es precisamente lo que Dios espera que hagamos.

Tal vez hayas oído hablar de la polémica que existe en torno a la capacidad de volar del abejorro, dado que, según los principios de la ciencia aerodinámica, el tamaño y la forma de su cuerpo en relación a la envergadura de sus alas lo imposibilitarían de practicar el vuelo.



Como quiera que sea, esos razonamientos tienen sin cuidado al abejorro. Hace caso omiso de ello y vuela de todos modos.

Similarmente, pese a todos los incrédulos y sus discursivos filosóficos, hay quienes, valiéndose de una fe y confianza infantiles, a diario acometen cosas que en opinión de los intelectuales escépticos no pueden hacerse. Quienes tienen fe se atreven a tomar las promesas de Dios tal como están, a reclamarlas y a actuar en consecuencia. Así obtienen estupendas respuestas a la oración, soluciones a sus problemas y provisión para sus necesidades.

Dejemos, pues, que los filósofos se enmarañen en sus laberintos de dificultades, dudas y racionalizaciones con el objeto de ilegitimar nuestro derecho a acogernos a estas grandes y preciosas promesas. De una u otra manera, entraremos y nos haremos poseedores del cúmulo de riquezas que encierran. Están allí para ti. Dios te las extendió a título personal, y no dejará de cumplir Su Palabra. Es así porque Dios lo dijo, y Él lo cumplirá. ○

EL MILAGRO DE HIROSHIMA

6 de agosto de 1945. La ciudad japonesa de Hiroshima fue la primera urbe del mundo destruida por una bomba atómica. Quedó arrasada en casi toda su extensión y el número de muertos se calcula entre sesenta y setenta mil. En unos tres kilómetros en torno al epicentro de la infernal explosión sobrevivieron apenas doce personas. En un radio de un kilómetro solo sobrevivieron dos. Una de ellas fue el Sr. Yoji Saito, que en aquel entonces apenas contaba con 13 años de edad. Por primera vez relata esta increíble historia:

MI FAMILIA ERA MUY CONOCIDA EN HIROSHIMA. Durante diecisiete generaciones consecutivas mis antepasados habían sido samuráis de dicha ciudad. Los samuráis son la clase culta del Japón. Mi abuelo era un prestigioso médico dueño de un hospital en el que también ejercía mi padre. Vivíamos en una casa grande situada en los terrenos del hospital.

Recuerdo que aquel trágico 6 de agosto de 1945 me despertaron muy temprano las sirenas de alarma de ataque aéreo. Daba la impresión de que se esperaba una incursión enemiga, pero a las 7:30 reinaba un silencio total. Mientras caminaba hacia el colegio no pude ignorar que una

calma un tanto extraña y ominosa pendía sobre la ciudad. Llegué al colegio minutos antes de las 8:00, me puse en fila con los otros doscientos cincuenta alumnos para hacer los ejercicios acostumbrados de la mañana. Estando todavía en el patio, súbitamente nos sorprendió un resplandor, un estallido segador increíblemente brillante.

Fue lo último que recuerdo. No sé muy bien qué sucedió después ni cuánto tiempo estuve inconsciente. Solo sé que desperté en medio de una escena de horror y muerte. En mi confusión y aturdimiento, me di cuenta de que me hallaba a 200 metros del lugar donde había estado en el momento de la explosión. Los cuerpos de mis compañeros estaban esparcidos a mí alrededor. Aunque no estaban todos muertos, me era imposible reconocer a los que aún vivían, pues tenían el rostro desfigurado y parecían todos iguales. Algunos no tenían ojos, les faltaban miembros y la piel se les había achicharrado y desprendido del cuerpo.

Uno de los niños lloraba incontinentemente. Como no lo reconocí, le pregunté su nombre. Era Suari, mi mejor amigo. Quería agua y había perdido la vista, así que con muchas dificultades lo conduje hasta un río

muy ancho que pasaba a unos centenares de metros de allí. Pero no pude encontrar la superficie del agua porque estaba completamente cubierta de personas y animales muertos, de trozos de madera y de escombros que la tremenda onda expansiva había depositado en ella. Suari falleció allí junto al río.

Me puse a buscar mi casa. Solo dos palabras podrían describir con exactitud el tétrico cuadro que me rodeaba: ¡un infierno! ¡Era verdaderamente un infierno! Se desataron numerosos incendios por todos lados, y a pesar de ser de día, el cielo estaba oscuro. Todo se veía chamuscado, ennegrecido, derretido. De los escasos edificios que todavía se sostenían en pie, solo quedaban las paredes y eran casi irreconocibles. Por todas partes se oían los espantosos gritos de dolor, los llantos y gemidos de las víctimas. Normalmente tardaba 20 minutos en caminar desde el colegio hasta mi casa. Aquel día me llevó 12 horas. De vez en cuando, bajo mis pies surgían manos de entre los escombros que me asían de los tobillos. Me detuve y traté de rescatar a cuantos pude. No murieron todos en el momento del impacto; algunos duraron dos o tres días, Deambulaban por las calles apenas reconocibles como seres humanos. Eran cadáveres vivientes.

Por fin, a las 8:00 de la noche encontré la pila de escombros que había sido una vez mi casa. Me invadió la alegría al descubrir que

milagrosamente mi madre todavía estaba con vida. Verme vivo la embargó a ella también de alegría. Nos abrazamos llorando.

-¡Pero, Yoji! -exclamó-. ¡Estás desnudo! ¿Qué fue de tu ropa?

Entonces me di cuenta del milagro tan extraordinario que había sucedido: La explosión me había arrancado hasta la última hebra de lo que tenía puesto, y también cada cabello de mi cabeza. No obstante, por increíble que parezca, mi cuerpo no tenía una sola quemadura. Sin duda fue algo prodigioso, ya que después supe que el patio del colegio donde yo había estado se encontraba apenas a 700 metros (menos de un kilómetro) del lugar donde la bomba hizo impacto.

Poco después, unos soldados nos condujeron a mi madre y a mí a un refugio antiaéreo en el cual pasamos la noche. A la mañana siguiente se habían apagado casi todos los incendios. Pasé los días siguientes buscando en vano a mi padre entre las ruinas calcinadas de Hiroshima. Supongo que quedó sepultado bajo los escombros del hospital, pues no volvimos a saber de él.

En aquellos tiempos no se sabía nada de la lluvia radioactiva ni de las enfermedades que ésta produce. De ahí que -si bien Dios por medios milagrosos me había protegido de la explosión- no tardé en enfermar gravemente a causa de la contaminación del agua y los alimentos. Me dio una fiebre muy alta y no podía comer.

La alta temperatura me hacía delirar y tenía unas pesadillas y alucinaciones aterradoras en las que revivía los horrores que había presenciado. Esperaba la muerte en cualquier momento. Fue entonces cuando comencé a rezar a Dios. Le dije que si realmente existía, que me librara de aquellos sueños e imágenes espantosos y me salvara la vida. Las pesadillas desaparecieron y por alguna razón misteriosa empecé a sangrar periódicamente por las yemas de los dedos y la nuca. Ahora tengo la certeza de que de forma milagrosa y en respuesta a mi oración, Dios estaba expulsando de mi organismo la sangre contaminada.

Los cinco años siguientes estuve muy débil y enfermo por efecto de la radiación. En aquel periodo no crecí ni un centímetro, no me cambió la voz ni me desarrollé como los demás muchachos. Mi madre estaba preocupada. Temía que terminara como enano de algún circo. Pero yo seguía rezando todos los días para que Dios me devolviera totalmente la salud. Efectivamente, a los 19 años, por milagro, crecí 15 centímetros en un solo año y mi cuerpo alcanzó su pleno desarrollo. Aquel mismo año decidí enrolarme en la armada.

Durante muchos años no le conté a nadie mi experiencia, porque a todos los que habían sufrido los efectos de la radiación los miraban como a seres extraños, los consideraban muertos vivientes, seres a los que aguardaba la tumba de un momento a otro. También se creía que la gente expuesta a radiaciones tendría hijos anormales y deformes. Yo me sentía

en el deber de hacer saber a quien fuera mi futura esposa la experiencia que había vivido. Varias chicas se negaron a casarse conmigo por ese motivo. Al final hubo una muchacha que consintió en ser mi esposa, y gracias a Dios, hemos tenido tres hijos hermosos, normales y saludables. ¡Otro milagro!

Continué mi carrera en la armada y fui ascendiendo hasta llegar al grado de almirante, posición de la que me retiré hace poco. Acababa de ocupar mi nuevo puesto de gerente de un gran hotel de Macao cuando conocí a una chica que me habló de Jesús y de Su camino a la Salvación. Oré con ella para aceptar al Señor. Hasta aquel momento no entendía por qué Dios me había salvado la vida de forma tan milagrosa entre tanta gente que sucumbió en aquella catástrofe. Pero ahora no me cabe ninguna duda de que el Señor quiere que relate mi caso para advertir al mundo la pesadilla que significaría una conflagración nuclear, una guerra demencial y suicida carente de todo honor, capaz de aniquilar en un abrasador estallido repentino a millones de civiles inocentes. Una guerra que desataría en el mundo los horrores del mismísimo infierno. Horrores que conocí de primera mano y espero que no se repitan jamás.

De igual manera quisiera que este testimonio sirviera para que tú, y quienquiera que lo lea, tengan la absoluta certeza de que Dios es capaz de obrar portentos para protegerte, y que si Él desea que sigas con vida, nada podrá acabar contigo, ni siquiera una explosión atómica. ○

¿CUÁNTO PESA UNA ORACIÓN?

Author unknown

¿Cuánto pesa una oración? El único hombre que yo sepa que haya intentado pesar una, no consiguió averiguarlo.

En una oportunidad pensó que sí. Fue en la época en que era dueño de una tiendecita de comestibles. Justo una semana antes de la Navidad de 1918. Una mujer de aspecto fatigado entró en la tienda a pedirle los víveres necesarios para preparar una cena navideña a sus hijos. Él le preguntó de cuánto dinero disponía.

—Mi marido murió en la guerra —respondió la mujer—. Con lo único que puedo pagarle es con una pequeña oración.

Este hombre confiesa que en aquella época él no se conmovía con mucha facilidad. No se podía administrar una tienda de comestibles de la misma manera que una institución de caridad. Así que le dijo:

—Escriba una lista de lo que necesita—, y continuó con su trabajo.

Con asombro para él, la mujer sacó de su escote un papelito, se lo entregó por encima del mostrador y dijo:

—La escribí anoche, mientras cuidaba de mi bebé, que está enfermo.

Sin reponerse de su estupor, el tendero tomó el papel, aunque luego se arrepintió de haberlo hecho. ¿Qué podía hacer con él? ¿Qué podía decirle?

De pronto se le ocurrió una idea. Sin leer siquiera la oración, colocó el papel en la bandeja de su vieja balanza, diciendo:

—Veamos a cuánta comida equivale. Nuevamente se sintió desconcertado: la balanza ni se movió al poner sobre la otra bandeja una barra de pan. Confundido, descubrió que la balanza seguía inmóvil aunque seguía añadiendo mercadería. Empezó a poner

todo lo que tenía a la mano, puesto que los demás clientes lo observaban.

Trataba de mostrarse brusco, pero no era muy convincente; se ruborizó y su nerviosismo lo hizo airarse aún más. Por fin dijo:

—Bueno, ya no cabe nada más en la balanza. Tome esta bolsa. Tendrá que guardarlo usted misma, porque estoy muy ocupado.

Ahogando un sollozo, la mujer tomó la bolsa y comenzó a guardar las provisiones, mientras se secaba las lágrimas con la manga de su vestido cada vez que tenía un brazo libre. Él trataba de no mirar, pero no pudo evitar ver que le había dado una bolsa bastante grande y que no estaba del todo llena. De modo que tomó un queso y lo deslizó por el mostrador, sin decir palabra. Tampoco advirtió la ligera expresión de comprensión y gratitud que brillaba en los ojos húmedos de la señora ante aquel gesto que revelaba que la dureza del tendero era sólo aparente.

Cuando la mujer se fue, el tendero se dirigió a la balanza, rascándose la cabeza y moviéndola con expresión de desconcierto. Entonces halló la solución. La balanza estaba descompuesta.

El tendero es ahora un anciano. Pero aún se rasca la cabeza y mueve la balanza con la misma expresión de asombro. Nunca más volvió a ver a la señora. En realidad, nunca la había visto antes. Sin embargo, toda la vida recordaría a aquella mujer más que a ninguna otra en el mundo. Con frecuencia lo visitaba en su pensamiento.

Sabía que no había sido su imaginación, pues aún conservaba la hojita de papel en que estaba escrita la oración de aquella pobre señora: «Por favor, Señor, el pan de cada día dánoslo hoy». ○



La montaña rusa

Author unknown, adapted by Keith Phillips

CREO QUE TENÍA UNOS 14 AÑOS cuando subí por primera vez a una montaña rusa. Recuerdo que mientras mi carrito trepaba hasta la cima y emprendía el primer descenso en picada, se me congeló la sangre. En ese momento pensé: *¿Para qué diablos estoy haciendo esto?! Luego comenzó la sucesión de subidas y bajadas violentas y el pulso se me aceleró a tal punto que creí que el corazón me iba a estallar. Y no había respiro ni salida. Mi única alternativa era aferrarme y aguantar hasta terminar el circuito.*

Los primeros meses después que reconocí a Jesús como Salvador se parecieron mucho a aquella vuelta en la montaña rusa. Había veces en que estaba en la euforia y otras inmerso en el mayor derrotismo. A veces, mientras mi carrito subía, pensaba: *Esto es fantástico, cada vez va mejor. Tengo la felicidad asegurada.* Entonces llegaba a la

cima y me detenía allí por un momento antes de caer en picado y sumergirme en un mar de dudas y abatimiento. Todavía no había aprendido que «caminar por fe y no por vista» (2 Corintios 5:7) significa acoplar nuestro carrito a las inalterables promesas divinas en vez de atornillarlos a nuestros efímeros sentimientos.

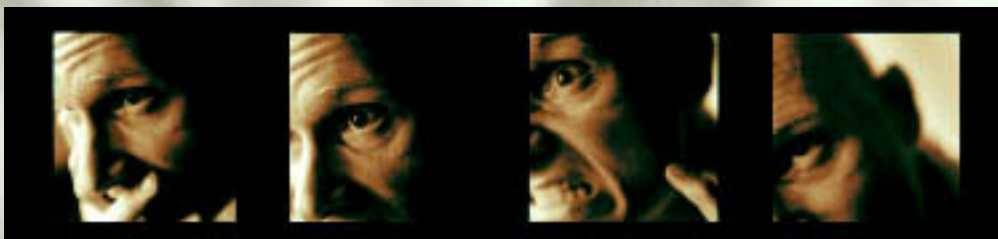
Los días que estaba feliz y en la cúspide, se debían a que había hecho algo bien: así interpretaba yo las cosas. Quizás había sido excepcionalmente humilde o estaba más en sintonía con el Señor y Su Espíritu Santo. Fuera lo que fuese, algo me había impulsado a cruzar una frontera invisible y me hallaba camino de un plano espiritual más elevado en el que quedaban atrás los demás mortales. Me sentía en el pináculo de la gloria y me enorgullecía de ello. Había escalado mi Everest.

Pero justo cuando más orgulloso me sentía de mis

presuntos progresos y revelaciones espirituales, invariablemente el verdadero yo asomaba cabeza y hacía patente todas sus imperfecciones. Horrorizado, caía en cuenta de que en realidad no había llegado a ninguna parte. Solamente había alcanzado una cumbre momentánea. Apenas una de una larga serie en el prolongado circuito de la montaña rusa, con todas sus curvas, contracurvas y bajadas repentinas. Así era mi vida espiritual basada en mis sentimientos,

Finalmente, cuando terminaba el recorrido y me detenía, mareado y aturdido, descubría con sorpresa que el Señor todavía me amaba. Era como un papá, que me estrechaba en Sus brazos y me aseguraba que todo iba a salir bien. Me llevaba alzado hasta que se me pasaba aquella sensación de náuseas que me producía mi aparente fracaso.

Me llevó varias vueltas de esas darme cuenta con



¡Cómo engañan los sentimientos!
¡Qué inseguros y volubles son!
Sólo es digna de crédito
la firme Palabra de Dios.

Aunque mi vida ande desgraciada
por falta de una tierna señal,
hay Alguien mayor que mi alma,
que a Su Palabra no ha de faltar.

Confiaré en Su inmutable Palabra
hasta que cuerpo y alma se separen;
pues ésta no muere ni acaba
aunque todas las cosas pasaren.

Martín Lutero.

La Palabra de Dios
es el cimiento de
la fe. Conforme
lees y estudias
fielmente la Pal-
abra de Dios, y
meditas en ella y
la memorizas,
cada frase de la
misma te inspi-
rará, te fortalecerá
y aumentará tu fe
(Romanos 10:17).

David Brandt Berg



diáfana claridad cuán incondicional es el amor de Dios. Por muy bajo que hubiera caído o por muy alto que me pareciera haber escalado, Su amor era constante. Cuando daba contra el fondo y clamaba a Él en oración, me invadía un sentimiento de paz, de seguridad y de que Él todavía me aceptaba. Era como si me levantara, me sacudiera el polvo, me diera un beso y una palmada en la espalda, me pusiera de pie sobre la base firme de Su Palabra y me señalara qué dirección tomar. Todo ello con una sonrisa radiante de amor y alguna palabra de aliento. El versículo «Dios es amor» (1 Juan 4:8) cobró toda una nueva dimensión para mí.

Finalmente me di cuenta de que mis inútiles esfuerzos por arribar a algún estado de espiritualidad forjada por mí mismo no hacían otra cosa que impedir que Dios dirigiera mi vida. Una vez que tomé conciencia de ello, dejé de poner tanto empeño en convertirme en lo que debía ser y empecé a confiar en que, efectivamente, Él era dueño de la situación y me ayudaría a ser lo que Él quería que fuera.

Me tomó varios años comprender en qué consiste la verdadera espiritualidad y darme cuenta de que el objetivo no es llegar y permanecer en la cima, sino más bien manifestar amor y compasión. Que la auténtica humildad consiste en darse

uno cuenta de que si la amorosa mano de Dios no obra en su vida, jamás logrará nada. Y que la verdadera religión consiste en brindar el amor de Jesús al prójimo.

Ahora, cada vez que veo una montaña rusa, me detengo y hago una oración para agradecer al Señor Su amor y Su paciencia, y que Su Palabra me haya librado de aquel circuito de altibajos construido sobre mis sentimientos y mi propia concepción de la espiritualidad, para ponerme en el circuito debido: el camino derecho y angosto que conduce a una vida celestial junto a Él, ahora y para siempre. ○

CÓMO COMBATIR EL DESALIENTO

Pregunta: Hace poco cometí algunos errores que me costaron caro y me sumí en un pozo de abatimiento del que no logro salir. Me siento un fracasado. Tengo ganas de darme por vencido. ¿Qué puedo hacer para superar este estado depresivo?

AUNQUE NO ENTENDAMOS POR QUÉ A VECES EL SEÑOR PERMITE QUE TROPECAMOS Y CAIGAMOS, no debemos olvidar que Él nos ama, cualesquiera que hayan sido los errores que cometimos. Siempre está a nuestro lado. Si acudimos a Él en oración o procuramos que nos consuele a través de la Palabra o del cariño de nuestros seres queridos, Él hará que se disipe el sentimiento de desesperanza. El Espíritu Santo «nos consuela en todas nuestras tribulaciones» y es «nuestra ayuda en momentos de angustia» (2 Corintios 1:4; Salmo 46:1, versión *Dios habla hoy*).

A diferencia del Señor, que siempre viene a nuestro rescate y nos auxilia tranquilizándonos con palabras esperanzadoras, el Diablo nos bombardea con pensamientos negativos y acusaciones. Con ello pretende condenarnos y desmoralizarnos. La Biblia nos insta a no ser ignorantes de las maquinaciones del Diablo (2 Corintios 2:11), sino a cuidarnos de nuestro «adversario el Diablo, [que]

como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar» (1 Pedro 5:8).

Una de las tácticas más empleadas por el Diablo para atacar a los cristianos es el desaliento. Si no logra evitar que aceptes a Jesús en tu corazón y en tu vida, hace todo lo que puede por disuadirte de servir al Señor y hablar de Él a los demás. Para ello sabe que no hay manobra más eficaz que conseguir que fijes la mirada en tus errores, pecados, debilidades y fracasos. Se empeña en que pongas los ojos en ti mismo.

En cambio, la Biblia no dice que debemos mirarnos a nosotros mismos, sino a Jesús, «el autor y consumidor de la fe» (Hebreos 12:2). El Señor no nos recomienda que nos concentremos en todos nuestros problemas, tribulaciones y males; de hacerlo, sin duda que nos hundiremos en ellos, tal como le pasó a Pedro cuando intentó caminar sobre el agua.

El relato de Mateo, testigo presencial de aquel episodio, nos dice que en plena noche,

cuando los discípulos de Jesús cruzaban un lago en una barca, éste se acercó a ellos caminando sobre el agua. Al verlo, se asustaron tanto que exclamaron: ¡un fantasma! Jesús enseguida los tranquilizó asegurándoles que era Él y que no tenían nada que temer. Pedro respondió:

—Señor, si eres Tú, manda que yo vaya a Ti sobre las aguas.

Entonces Jesús lo llamó. Pedro saltó de la barca y se dirigió hacia Él caminando sobre el lago. Pero al ver que arreciaban las olas, se atemorizó y empezó a hundirse.

—¡Señor, sálvame! —clamó Pedro.

Enseguida Jesús lo tomó de la mano y juntos retornaron a la nave (Mateo 14:25-31).

En el momento en que Pedro dejó de poner los ojos en Jesús y comenzó a fijarse en las olas, se inquietó y empezó a hundirse. Es probable que de no haber vuelto a mirar al Señor y pedirle ayuda, se hubiera ahogado.

Análogamente, cuando

Expectativa

Al disparar una flecha, esperamos hasta ver dónde cae; al despedir un barco que se hace a la mar, esperamos pacientes su regreso; al sembrar semilla, esperamos cosechar; al depositar nuestras oraciones en el regazo de Dios, ¿no debiéramos entonces esperar una respuesta?

nos estamos hundiendo en el mar del abatimiento, lo que tenemos que hacer es clamar a Jesús, poner nuestra mano en la Suya y dejar que Él nos alce y nos lleve a terreno firme.

De modo que cuando nos sintamos abrumados por nuestras faltas, errores y falencias, y nos parezca que Satanás se nos ríe en la cara, más nos valdría ser francos con él y admitirle que es verdad que somos una calamidad, que sabemos que cometemos muchos errores y que de no mediar el Señor, seríamos aún peores. Que la única esperanza que tenemos es Cristo en nosotros, esperanza de gloria (Colosenses 1:27).

Todos somos un lío, y si no mantenemos la vista fija en Jesús y no meditamos de continuo en Su Palabra, estamos condenados a la derrota, la incredulidad, la desilusión y en última instancia, al fracaso. Nos conviene dejar de esforzarnos por ser perfectos, pues nunca lo seremos. No nos queda más remedio que seguir al Señor y hacer lo que

podamos, a sabiendas de que Él es el único capaz de ayudarnos a obrar bien. Pídele que te ayude a olvidarte de ti mismo y a pensar en los demás y sus necesidades. Ya verás que al poner tu empeño en ayudar a los demás y hacerlos felices, la felicidad encontrará a ti. «Dad, y se os dará» (Lucas 6:38).

Cuando seas proclive a descorazonarte, perder el ánimo y sumirte en el abatimiento, ¡mira hacia arriba! Alaba al Señor y agrádecele todo lo que ha hecho por ti. Haz un recuento de todas las bendiciones que has recibido del Señor y ocupa tu mente, tu corazón y aun tu voz con pensamientos positivos y palabras de oración y alabanza. Recita las Escrituras y canta al Señor, y el Diablo y sus sombras huirán. Deja entrar la luz —la luz de la Palabra de Dios, la oración, la alabanza y el servicio a los demás— y verás que las tinieblas se desvanecen por sí solas. ○

Lecturas suculentas

Los milagros de Dios

A lo largo de la Biblia, el Señor concedió poder y protegió a Sus hijos, quienes, al igual que nosotros, eran frágiles seres humanos. Los mismos milagros de poder, protección y justicia divinos que se produjeron en tiempos bíblicos pueden hacerse realidad hoy en día. Los siguientes pasajes son recuentos de algunos de los milagros registrados en la Biblia. Estas narraciones tienen por objeto infundirnos fe:

Se abre el Mar Rojo

Éxodo 14:21–31

Agua mana de una roca

Números 20:7–11

El sol y la luna se detienen

Josué 10:12–14

Se obtiene alimento en plena hambruna

1 Reyes 17:1–16

A salvo en el horno de fuego

Daniel 3:19–27

Protección en la fosa de los leones

Daniel 6:16–23

Curación de un cojo de nacimiento

Hechos 3:1–10

Señales y prodigios, acosamiento y liberación

Hechos 5:12–23

Resucita Dorcas

Hechos 9:36–42

Picadura de serpiente

Hechos 28:1–5

Siempre y eternamente. . .

El torrente de Mi amor jamás se seca. El flujo de Mi amor en tu vida es siempre libre y abundante, pero la medida en que tú lo percibas o lo notes depende de tu fe, de cuánto quieras verlo manifestado, de la voluntad que tengas para creerlo, para verlo y para reconocer las innumerables maneras en que lo expreso cada día. Puede que lo vislumbres, lo sientas y lo reconozcas, y puede que no; sin embargo, eso no altera el hecho de que sea constante, copioso e incondicional.

No puedes hacerte acreedor a él ni obtenerlo gracias a tus obras, ni ser digno de él por tus propios méritos, pues te brindo Mi amor a modo de obsequio. Te quiero porque te quiero. Es así de sencillo. Te amo y jamás dejaré de hacerlo. Nunca te amaré menos. Siempre te amaré con amor perfecto, interminable, abundante.

Anhelo que tengas parte en este amor Mío, en toda su abundancia, su belleza, su poder y su gloria. Mi amor por ti es eterno.